

# TUTE SOLITARIO

No sabemos de quien se ponga a jugar al ajedrez solo, llevando ambas partes, aunque sí a seguir partidas célebres, ya registradas, o a resolver problemas. Semejantes solitarios en el ajedrez nos parecen muy difíciles por quedar excluido el elemento del azar. Pero sabemos de quien juega solo partidas de tresillo, repartiéndose a sí mismo las veintisiete cartas en sus tres porciones y todo lo demás del juego. Lo que es, sin duda, un ejercicio. Y en otro orden hay partidas o conflictos que en rigor, aunque parezcan jugarse entre dos partes, se juegan con un solo individuo, en un solitario. Así son muchas crisis de Gobierno.

De la última crisis se ha dicho que se debatía entre el señor Cierva y las Juntas de defensa militares, o entre el Poder civil y el pretorianismo, y que era el Poder moderador—así suele llamársele porque se supone que modera—el que la tenía que resolver. Pero propendemos a creer que esa crisis, como otras muchas, era una crisis solitaria o de solitario y que la tenía que resolver el mismo que se la planteaba. Que es como jugar al tresillo con las tres barajas.

Recuérdese que el señor Cierva es el único ministro del Gobierno del desastre de Annual que pasó al que le sucedió; que el señor Cierva era como el principio de continuidad entre ambos Gobiernos, y que su continuación en el Consejo de la Corona no podía significar otra cosa que el que no le alcanzaba responsabilidad alguna por negligencia, ignorancia o lo que fuese, en el descuido que provocó la catástrofe. El señor Cierva continuó en el Gobierno, y pasando a Guerra, como Berenguer continuó al frente de la campaña.

Pero las Juntas de defensa, y en este caso parece ser que la mayoría de la oficialidad del ejército, y desde luego el generalato, con Weyler a la cabeza, se pusieron frente al desacertado ministro de la Guerra. ¿Frente a él solo? ¿Quién sostenía a Cierva? Y empezó el juego; el juego de jugar al solitario; un tute con las dos barajas. Cierva contra las Juntas y las Juntas contra Cierva.

Lo malo es, claro está, que a los naipes les dé por sentirse conscientes y hasta autónomos y que se empeñen en jugar ellos por sí mismos en vez de que se juegue con ellos. «El caos», se dirá. Porque nos cuesta concebir que los naipes

de la baraja o las piezas del ajedrez den en ponerse a jugar partidas por sí mismos y sin que nadie los dirija.

Todavía no se sabe si de esta última contienda han salido vencedoras las Juntas o Cierva, ni qué ha tenido que ceder cada parte, ni cuál es el artificio con que se encubre la derrota. Alguien podrá decir que no ha habido ni vencedores ni vencidos, o que han sido vencedores y vencidos los de ambas partes; pero nosotros creemos que en esa tute solitario siempre sale vencido al verdadero jugador.

Decían los junteros que Cierva lo embrollaba todo y que no llevaba a sus resoluciones militares un espíritu de equidad y de justicia; pero ¿lo hacía esto por sí y ante sí? Pues cabe muy bien que se cobrara su escote o correbaje en las polacadas.

Lo que naipa tenía que ver con esto es el Poder civil, el verdadero Poder civil. Acasa el señor Maura lo que deseara es que el ministro de la Guerra se viese obligado a dimitir y sin salirse con la suya de arrastrar tras de sí a todo el Ministerio, y acaso la crisis obedeció a esto más que a otra cosa. Porque Cierva era en el Ministerio como un gendarme, y si no recuérdese aquella nota de que se habló cuando los liberales (???) parecían a punto de provocar una crisis: «La crisis sería el decreto de disolución para Cierva; tú verás, Alvaro». La Cierva era el coco, y en concepto de coco pasó del Gabinete Allendesalazar al Gabinete Maura-Cambó.

¡Cuánto cuesta ese trabajo de atracción de los junteros! Y todo es trabajo perdido. Aunque las Juntas parezcan disolverse o reorganizarse, los junteros seguirán lo mismo y prestándose mal al juego peligroso del tute solitario. Juego que en el fondo consiste en querer hacer un ejército dinástico de lo que debe ser un ejército nacional.

¡Y luego todo eso de entrevistas clandestinas y de visitas en que se pide a los visitantes que den su palabra de honor de no revelarlas!... Todo lo cual nos recuerda lo de aquel jugador de solitarios, que, como no le saliera bien uno, se dispuso a hacer una trampa para sacarlo; pero antes miró bien en derredor por si estaba solo, y hasta fué a cerrar la puerta del cuarto. ¡Era la conciencia!

Miguel DE UNAMUNO

